



# temblor

*Maggie Stiefvater*

sm

## capítulo uno

### Grace

-9 °C



**M**e recuerdo tendida en la nieve, un diminuto y cálido bulto rojo enfriándose en medio de un corro de lobos. Apiñados a mi alrededor, me lamían, me mordían, jugueteaban conmigo. Sus cuerpos amontonados bloqueaban el escaso calor del sol. El hielo les centelleaba en los cuellos, y sus alientos creaban sombras opacas que flotaban en el aire. El aroma almizclado de sus pieles me hizo pensar en perros mojados y hojas quemándose, y me resultaba agradable y aterrador a un tiempo. Sus lenguas dejaban un rastro cálido sobre mi piel; sus bruscos dientes me rasgaban las mangas y se me enganchaban en el cabello; me hurgaban en las clavículas y el cuello, queriendo sentir mi pulso.

Pude gritar, pero no grité. Pude luchar, pero no luché.

Me limité a quedarme tendida a la espera de que ocurriese lo inevitable, mientras observaba cómo el blanco cielo invernal se volvía gris.

Cubriéndome el rostro con su sombra, un lobo me presionó la mano y la mejilla con el hocico. Clavó sus ojos amarillos en los míos mientras los demás me tironeaban de aquí y de allá.

Me aferré a aquellos ojos tanto como pude. Amarillos y próximos, emitían destellos de múltiples tonalidades doradas. No quería que apartase la mirada, y no lo hizo. Deseaba extender los brazos y agarrarme a él, pero las manos se me quedaron acurrucadas en el pecho, atenazadas por unos músculos que se negaban a moverse.

No lograba acordarme de cómo era tener calor.

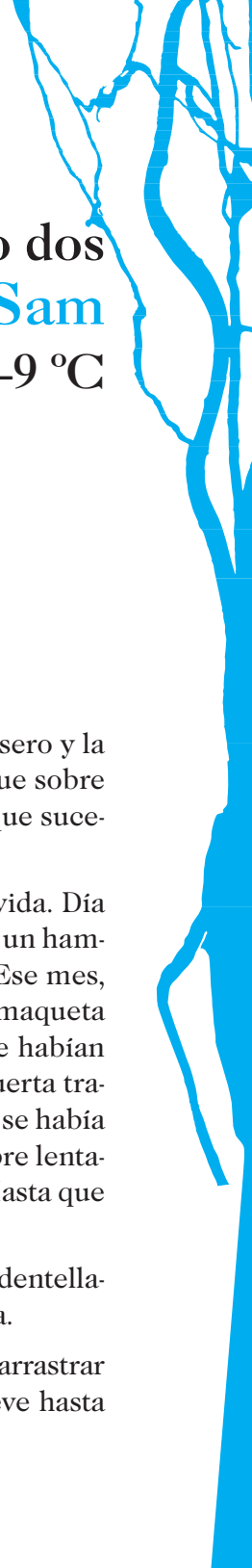
El lobo se alejó y los demás se me acercaron aún más, asfixiantes. Me pareció que algo aleteaba en mi pecho.

No había sol; no había luz. Me estaba muriendo. No recordaba el aspecto del cielo.

6 Pero no morí. Me perdí en un mar de frío, y después, al renacer, me vi en un mundo cálido.

Recuerdo una cosa: sus ojos amarillos.

Creí que jamás volvería a verlos.



## capítulo dos

# Sam

-9 °C

**A**rrancaron a la muchacha del columpio del patio trasero y la arrastraron al bosque; su cuerpo dejó un rastro tenue sobre la nieve, desde su mundo al mío. Fui testigo de lo que sucedió. No lo impedi.

Había sido el invierno más largo y más frío de mi vida. Día tras día, un sol débil, sin calor. Y también el hambre; un hambre que quemaba y carcomía, un ama despiadada. Ese mes, nada se movió; el paisaje se había congelado, una maqueta carente de color y de vida. A uno de los nuestros le habían pegado un tiro mientras robaba basura junto a la puerta trasera de una casa, de modo que el resto de la manada se había refugiado en el bosque, condenada a morir de hambre lentamente y a desesperar mientras el calor no llegase. Hasta que encontraron a la niña. Hasta que la atacaron.

Se agazaparon a su alrededor gruñendo y lanzando dentelladas, queriendo ser los primeros en desgarrar la presa.

Lo vi. Vi sus ijadas temblando de impaciencia. Los vi arrastrar el cuerpo de la niña de aquí para allá, apartar la nieve hasta

que apareció el suelo desnudo. Vi sus hocicos ensangrentados. Pero no lo impedí.

Yo ocupaba un lugar prominente en la manada –Beck y Paul se habían ocupado de ello–, así que podría haber intervenido; pero me mantuve a distancia, temblando de frío y hundido en la nieve hasta la mitad de las patas. La niña olía a calor, a vida y, por encima de todo, a ser humano. ¿Qué le pasaba? Si estaba viva, ¿por qué no peleaba?

Me llegó el aroma de su sangre, una fragancia tibia, nítida, en un mundo muerto y frío, y vi a Salem temblar mientras le desgarraba la ropa a sacudidas. El estómago se me retorció dolorosamente; hacía mucho que no probaba bocado. Me hubiera gustado abrirme paso entre los demás hasta colocarme junto a Salem, fingir que no olía el aroma humano ni oía los débiles lamentos de la niña. Parecía tan pequeña ante nuestra brutalidad, tan indefensa mientras la manada se cerraba a su alrededor, dispuesta a intercambiar su vida por las nuestras...

Me abrí paso soltando un gruñido y enseñando los dientes. Salem me respondió del mismo modo, pero, pese a mi juventud y a la debilidad que me había causado el hambre, lo superaba en envergadura. Amenazándome con un rugido, Paul me conminó a retirarme.

Me encontraba junto a la niña, que tenía la mirada perdida en la infinitud del cielo. Quizás estuviera ya muerta. Olisqueé su mano; aquel perfume, todo azúcar, mantequilla y sal, me trajo a la memoria el recuerdo de una existencia distinta.

Y luego reparé en sus ojos.

Despiertos. Vivos.

La niña me estaba mirando fijamente, sosteniéndome la mirada con una franqueza desgarradora.

Retrocedí de un salto y me puse a temblar de nuevo; pero esta vez, lo que me sacudía el cuerpo no era la ira.

Los ojos de la niña clavados en los míos. Su sangre tiñéndome la cara.

Me sentía desgarrado por dentro y por fuera.

Su vida.

Mi vida.

Recelosa, la manada se replegó a mi alrededor. Me gruñeron porque ya no era uno de ellos, y también para disputarme la presa. Pensé que aquella era la niña más bonita que jamás había visto, un ángel ensangrentado en la nieve, e iban a despedazarla.

Lo vi. La vi a ella, la vi como si fuera la primera vez que veía.

Y lo impedi.

## capítulo tres

### Grace

3 °C



Volví a verlo después de aquello, siempre cuando hacía frío. Se presentaba en el lindero del bosque, junto a nuestro patio trasero, y clavaba en mí sus ojos amarillos mientras yo rellenaba el comedero de los pájaros o sacaba la basura, pero nunca se acercó. Entre el día y la noche, durante un rato que se hace eterno en el largo invierno de Minnesota, me mecía en el columpio hasta que presentía su mirada. Más tarde, cuando fui demasiado mayor para columpiarme, caminaba hasta más allá del porche trasero y me aproximaba a él en silencio, con una mano extendida y la cabeza gacha. Sin amenazas. Intentaba comunicarme con él en su idioma.

Sin embargo, por mucho que esperara, por mucho que me esforzase en llegar hasta él, siempre se evaporaba en la espesura sin darme tiempo a salvar la distancia que nos separaba.

No me daba miedo. Era grande como para arrancarme del columpio, fuerte como para tirarme al suelo y arrastrarme al bosque. Pero la ferocidad de su aspecto no se correspondía con la expresión de su mirada. Recordaba aquellos ojos de mil

tonalidades amarillas y me resultaba imposible tenerle miedo. Sabía que jamás me haría daño.

Quería que supiera que yo tampoco le haría daño a él.

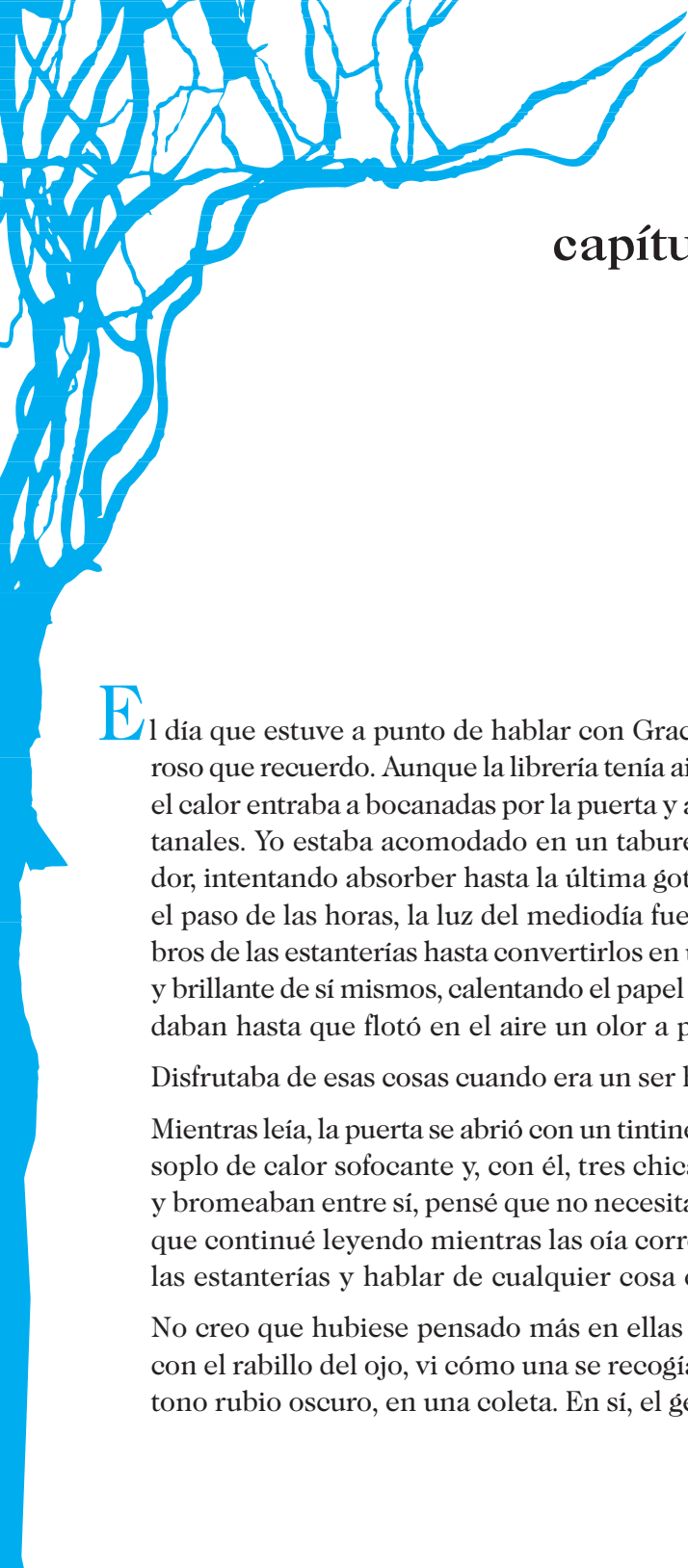
Esperé. Esperé mucho tiempo.

Y el también esperó, aunque yo no sabía por qué esperaba. Me parecía que solo yo quería acercarme.

Sin embargo, él siempre estaba allí, observando cómo yo lo observaba. Nunca se acercaba a mí, pero tampoco se alejaba.

El juego se repitió sin variaciones durante seis años: la sobrecogedora presencia de los lobos en el invierno y su ausencia, aún más sobrecogedora, en el verano. No se me ocurrió pensar que había un motivo para aquella intermitencia. Creía que eran lobos. Simples lobos.





## capítulo cuatro

Sam

32 °C

**E**l día que estuve a punto de hablar con Grace fue el más caluroso que recuerdo. Aunque la librería tenía aire acondicionado, el calor entraba a bocanadas por la puerta y a través de los ventanales. Yo estaba acomodado en un taburete tras el mostrador, intentando absorber hasta la última gota del verano. Con el paso de las horas, la luz del mediodía fue destiñendo los libros de las estanterías hasta convertirlos en una versión pálida y brillante de sí mismos, calentando el papel y la tinta que guardaban hasta que flotó en el aire un olor a palabras no leídas.

Disfrutaba de esas cosas cuando era un ser humano.

Mientras leía, la puerta se abrió con un tintineo y dejó entrar un sople de calor sofocante y, con él, tres chicas. Como se reían y bromeaban entre sí, pensé que no necesitaban mi ayuda, así que continué leyendo mientras las oía corretear a lo largo de las estanterías y hablar de cualquier cosa excepto de libros.

No creo que hubiese pensado más en ellas de no ser porque, con el rabillo del ojo, vi cómo una se recogía la melena, de un tono rubio oscuro, en una coleta. En sí, el gesto no tenía nada

de particular, pero permitió que un aroma tenue se extendiese por el aire. Reconocí ese olor. Lo supe de inmediato.

Era ella. Tenía que serlo.

Escondí la cara tras el libro y miré con disimulo hacia las chicas. Las otras dos seguían hablando y gesticulando bajo un pájaro de papel que yo había colgado del techo en la sección infantil. Ella, sin embargo, guardaba silencio; se había separado de sus compañeras y observaba los libros que la rodeaban. En ese instante, vi su rostro y reconocí algo mío en su expresión. Sus ojos saltaban de anaquel en anaquel buscando vías de escape.

Había imaginado mil versiones de aquella situación, pero, a la hora de la verdad, no supe qué hacer.

Estaba allí de verdad. Era diferente cuando la veía en el patio trasero de su casa, leyendo un libro o haciendo los deberes en su cuaderno. Allá, el abismo entre nosotros parecía infranqueable; me sobraban los motivos para mantener las distancias. En cambio, en la librería estábamos muy cerca, por primera vez en el mismo mundo. Nada me impedía aproximarme a ella.

Me miró, y yo aparté la vista al instante y me concentré en el libro. No creía que pudiera reconocer mi cara, pero sí mis ojos. Sí, tenía que reconocer mis ojos.

Deseé que se marchara para recuperar el aliento.

Deseé que comprara un libro para tener la oportunidad de hablar con ella.

Entonces, una de sus amigas la llamó:

—¡Grace, ven y mira esto! *La graduación: cómo entrar en la universidad de tus sueños*. Suena genial, ¿no crees?

Ella se agachó junto a las demás para examinar los libros, y yo inhalé lenta y profundamente mientras observaba su espalda,

esbelta e iluminada por el sol. Vi que se encogía de hombros levemente, como si el interés que mostraba fuese tan solo un gesto de cortesía; luego asintió y señaló otros libros, pero me pareció que estaba distraída. La luz que se filtraba por las ventanas le atrapaba los cabellos sueltos de la coleta y los transformaba en hebras doradas e incandescentes. Me di cuenta de que movía la cabeza hacia delante y hacia atrás de un modo apenas perceptible, al ritmo de la música ambiente.

–Oye...

Di un respingo al ver aparecer una cara frente a mí. No era Grace sino una de sus amigas, una chica de cabello oscuro y piel morena. Llevaba una cámara enorme colgada del hombro y me miraba directamente a los ojos. No decía nada, pero era evidente lo que estaba pensando. Las reacciones a mi color de ojos variaban entre las miradas furtivas y las descaradas; al menos, ella no ocultaba su estupor.

–¿Te importa si te saco una foto? –preguntó.

Miré alrededor mientras buscaba una excusa.

–Algunos pueblos piensan que, al sacarle una foto a una persona, le arrebatas también el alma. A mí me parece una forma de pensar bastante acertada, así que lo siento mucho, pero prefiero que no lo hagas –me encogí de hombros con aire de disculpa–. Puedes fotografiar la librería, si quieres.

La tercera chica se colocó junto a la de la cámara; tenía una melena crespa de color castaño y la piel pecosa, e irradiaba tal cantidad de energía que me sentí exhausto.

–¿Ligando, Olivia? No tenemos tiempo para eso. Venga, nos llevamos este.

Le cogí el libro de las manos y eché un vistazo fugaz en busca de Grace.

–Diecinueve dólares con noventa y nueve centavos –anuncié.

El corazón me latía con fuerza.

–¿Por una edición de bolsillo? –protestó la chica pecosa mientras me daba un billete de veinte–. Quédate con la vuelta.

En la librería no teníamos un bote para las propinas, así que dejé el centavo en el mostrador, junto a la caja registradora. Metí el libro en una bolsa y me demoré preparando el tique con la esperanza de que Grace viniese a ver por qué tardaba tanto.

Pero ella se quedó en la sección de biografías, leyendo los títulos de los lomos con la cabeza ladeada. La muchacha pecosa cogió la bolsa y nos sonrió a Olivia y a mí. Después, ambas se reunieron con Grace y se encaminaron hacia la puerta.

«Date la vuelta, Grace. Mírame. Estoy aquí». Si se hubiese vuelto en aquel momento, me habría visto los ojos y me habría reconocido, sin duda.

15

La chica de las pecas abrió la puerta con un tintineo y les dedicó a sus compañeras un gesto de impaciencia: era hora de irse. Olivia volvió la cabeza durante un instante y nuestras miradas se encontraron. Me daba cuenta de que estaba observando a las chicas con descaro –a Grace, en realidad–, pero no podía evitarlo.

Olivia frunció el ceño y puso un pie en la calle.

–Grace, vámonos ya –insistió la muchacha pecosa.

Me dolía el pecho; mi cuerpo hablaba un lenguaje que mi mente no era capaz de comprender.

Esperé.

Pero Grace, la única persona en el mundo a quien deseaba conocer, se limitó a acariciar con un dedo la cubierta de un libro del mostrador de novedades, y luego salió de la librería sin advertir que yo estaba allí, a su alcance.